

junto al café inglés y el duque se apeaba del coche con una rosa en el ojal y la sonrisa en los labios.

Ya sabemos lo que debía pasar en la noche del mismo día y lo que el duque de Vaudrey iba á hacer en la avenida de Messine.

IV

FRENTE Á FRENTE.

Luisa Renaud permanecía petrificada.

Si una hada la hubiera transformado con su varita en estatua de mármol, no hubiese permanecido más inmóvil.

Con su aguda inteligencia comprendía de un golpe todas las consecuencias de la fatal aventura.

El terror producido por aquella inesperada aparición, agrandaba enormemente sus ojos.

La trivial comparación de un paseante herido por el rayo bajo un cielo sin nubes, jamás pudiera aplicarse más exactamente.

El rostro del señor de Vaudrey, por el contrario no manifestaba espanto alguno.

Conservaba su aire altanero, estragado, con su ligero tinte de hastío. Sólo por alguna llamarada que iluminaba sus ojos hubiera podi lo notarse en él algo parecido á la claridad que ilumina el cere-

bro del hombre que acaba de hallar un pensamiento.

Por lo común, el amante cogido en flagrante delito por el marido justamente irritado, tiene siquiera un momento de turbación natural en ocasión semejante.

El duque permanecía frío en la apariencia y desdefioso como si estuviese jugando una partida que no le interesase.

Limitóse á echar á su cómplice una mirada que significaba claramente:

—¿Lo ves? ¿Qué te decía yo? ¿No te lo habia prevenido? Con tus extravagancias teníamos que llegar á este extremo.

—Señor de Vaudrey, comenzó el banquero, tenemos que arreglar una cuenta; ya me entiende usted.

—Caballero, contestó el duque cortesmente, estoy á sus órdenes.

—Podría matarle á usted. Es mi derecho. E a, lo confieso, ha sido mi primera intención, y su vida ha estado pendiente de un hilo. Lo he pensado mejor. Puede decir con justicia que nada hallo reprehensible en mi pasado. Quiero poder afirmar lo mismo en lo futuro. No le asesinaré, por tanto, ni aun legítimamente. Podria su espectro venir á turbar mi sueño, y no quiero esponerme á ese disgusto. Pero, como uno de los dos está demás en el mundo, voy á hacerle una proposición, que creo aceptará usted de buen grado.

—Caballero, respondió el duque con el mismo

estremo de cortesía, sus palabras son muy interesantes.

El barón llevaba la levita negra abrochada que usaba casi siempre. Sobre esta levita tenía un abrigo gris, en uno de cuyos bolsillos ocultaba la mano derecha.

Sacó entonces la mano en la que tenía dos pistolas.

El señor de Vaudrey no pudo reprimir un movimiento, no de temor, sino de asombro.

No dijo, sin embargo, una palabra, y esperó tranquilamente.

El banquero observó aquel movimiento y tranquilizó al duque con un gesto.

—Caballero, le dije, hace dos horas vivía yo en la confianza más completa. A cien leguas estaba de sospechar la traición que me hiere en medio del pecho. Tenía la debilidad de amar á esa mujer que me engañaba con detestable astucia. He vuelto por casualidad á mi casa. No me atraía á ella la menor sospecha. Ninguna delación les ha perdido. He venido, he visto y he oído. Me es imposible dudar no sólo acerca de la infidelidad de esa mujer á quien ligué una existencia desde ahora destruida, sino sobre los móviles y sentimientos que la han dirigido.

Todo lo he comprendido en un instante. Mil detalles que antes, en mi ceguera, no había percibido, han surgido en tropel en mi memoria. Podría decirles dónde han comenzado sus odiosas relaciones y cómo han continuado. Pero sería perder el

tiempo. No se engañaba usted, señor duque; estaba ahí, cuando me buscaba usted, en ese gabinete por donde pasaba sin recelo. Por una palabra la he comprendido todo, y he tomado mi resolución en un segundo. He arreglado mis cosas en cuatro renglones. Estoy preparado para morir. Mi primera idea ha sido matar á usted, que viola como un malvado esta casa, cuyo umbral no debiera haber pisado por decoro. He elegido otro medio de resolver nuestro asunto.

La joven volvía de su estupor lentamente.

Recobraba la facultad de pensar.

Aquellas palabras del barón: "He arreglado mis cosas en cuatro renglones" le habían herido también en medio del corazón.

La fortuna con tanto afán codiciada ¿podría escaparse de las manos?

Conocía á su marido: conocía su inteligencia clara y precisa, su decisión rápida, su perspicacia maravillosa en los negocios.

¿Qué peligro le amenazaba?

El banquero, con la prudencia característica de los Breeson, había tomado al casarse, precauciones para el porvenir. Su generosidad respecto á la huérfana había de ser regulada en lo sucesivo por el grado de cariño que le inspirase, ó por su conducta ulterior, en una palabra.

Luisa se mordía los labios y reflexionaba.

Pensó que iban á desvanecerse todas sus esperanzas de fortuna; que cualquiera que fuese la conduc-

ta de su marido respecto al duque, no la perdonaría jamás la infamia de su traición.

El banquero, en un momento de pasión había escrito de su puño y letra un testamento que ella guardaba en su escritorio. Aquel hombre, inflexible como su hermano tocante al deber y al honor, la arrojaría indudablemente de su casa, después de anular las disposiciones testamentarias hechas á su favor.

Se vió pobre, deshonrada, reducida á un rebajamiento que le pareció insoportable. Sordo furor agitó todos sus nervios y su abrasada cabeza buscó un medio de evitar la ruina y el deshonor.

Observaba furtivamente á su marido y nada bueno esperaba de aquella aparente tranquilidad desmentida á cada instante por el glacial relámpago que iluminaba sus pupilas grises.

Las últimas palabras del banquero debían decidir la suerte que la esperaba.

—Caballero—continuó el barón,—no le oculto que le aborrezco de muerte; pasa usted su ociosa existencia en trastornar casas ajenas; el hogar, símbolo de la familia y compendio de todo cuanto debe respetar una persona verdaderamente decente, es, para usted, una palabra vacía de sentido. Me casé con una mujer á quien amaba con toda mi alma. Mi hermano y yo la hemos rodeado de todo género de respetos y atenciones. Le aseguro que no puede tener la menor queja y que ha sido tratada como una reina en esta casa, de que pudiera haber sido el encanto y á la que ha traído la deshonra.

Parecíase, sin duda, á otras muchas, y cifraba su dicha en gozar en paz de una existencia plácida y tranquila. Presentóse usted, y desde aquel día todo este edificio de felicidad, laboriosamente levantado, vino de golpe á tierra. La baronesa Bresson, arrastrada á una pendiente funesta, se ha lanzado á esas intrigas detestables de citas en entrasueños sombríos, de cartas amorosas, de encuentros en el bosque ó, lo que le era á usted todavía más fácil, en las soledades del Morbihan, donde ella se complacía en vivir, mientras mi hermano y yo permanecíamos sujetos como esclavos al trabajo, que sostenía su lujo y le permitía arrojar el dinero á manos llenas. Desde entonces todo ha sido en su vida pretextos, falsedades é infamias. Nunca la perdonaré. Manana, si vivo, su cómplice abandonará esta casa. Acabaré de deshacer los lazos que ella ha recto. La baronesa Bresson se llamará Luisa Renand, como de soltera, y vivirá de ciertas rentas que me dignaré asegurarle. Podrá usted tenerla á su lado si el resultado de la lucha le fuese favorable...

—¿Dice usted...?—interrumpió el duque.

—Digo que vamos á batirnos. He aquí dos revólvers. Ellos, como un juicio de Dios, dirimirán nuestra contienda. Tendremos el derecho de disparar hasta que uno de los dos fenezca.

—Es un duelo salvaje.

—Se verificará en este cuarto.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—¿Y si rehúso?

—Le levanto la tapa de los sesos.

—¡Diablol

—¿Acepta usted?

—Sin duda, puesto que me obliga.

—Firme usted cuatro letras en que consten nuevas condiciones. Lo baronesa nos dará lo necesario.

—¿Está usted dispuesto?

—Sí, señor.

La joven sintió un estremecimiento nervioso.

Levantóse del diván en que se había dejado caer.

—Santiago,—dijo con voz suplicante,—tú no cumplirás esa amenaza.

—Lo juro que sí

—¡Espú'same, mátame, si quieres; pero no llesves á cabo ese duelo espantoso! ¡El duque no es culpable! Lo soy yo, ¡yo sola!

—¡Mucho le ama usted cuando tanto se cuida de su vida!

—Sí, le amo,—dijo ella irguiéndose delante de su marido, y soy capaz de un crimen, para defenderle si vive y para vengarlo si muere.

—Déjeme usted,—dijo el banquero rechazándola.—Me da usted horror, señora.

—¿Persistes en tu designio?—repuso la baronesa.

—Sí.

—¡Pues Dios nos juzgue!

Luisa abrió su escritorio, sacó el papel y pluma y los puso delante del duque, que se había aproximado, y al mismo tiempo acercó á su mano un objeto que designó con una mirada terrible.

Hay miradas mil veces más significativas que un discurso.

Comprendiéronse el duque y su querida. Ambos habían coincidido en la misma detestable idea. Vaudrey buscaba una arma desde que había entrado el banquero.

Estremecióse de gozo.

El barón, siempre apoyado en la chimenea y con los revólvers á su lado, parecía que meditaba. Pensaba acaso en su felicidad destruida.

Con los labios apretados, arrugada la frente, frunció el ceño y la vista fija en el suelo, se parecía á esos generales que presencian transidos de dolor la derrota de sus tropas y la ruina de sus postreras esperanzas.

El duque se había sentado y escribía ó fingía escribir.

El ruido de la pluma sobre el papel arrancó de su meditación al banquero.

—Si tiene usted algunas disposiciones que adoptar—dijo—hágalo en dos líneas. Hay que prevenirlo todo.

El señor de Vaudrey se detuvo y volvió la cabeza.

Santiago Bresson continuó:

—Hé aquí nuestras condiciones. Le dejo la elección de revólver. Los dos son iguales. Nos colocaremos en los extremos del dormitorio. ¿Qué lado elige usted?

—Este.

—Cuando el reloj dé la una, lo cual será dentro de cinco minutos, podremos romper el fuego.

—Bien.

—¿Ha acabado usted de escribir?

—Sí.

—Luisa, dijo el barón con voz en que se percibían los últimos latidos de un amor que siente extinguirse, déjenos usted. Podríamos herirla.

Luisa no se movió.

Sus ojos, por los cuales surcó sangrienta llamarada, buscaron los de su amante y le inspiró el valor, que acaso le faltaba, para cometer una infamia espantosa.

El duque se levantó y dió un paso hacia delante.

Tendió súbitamente el brazo y se oyeron dos detonaciones apagadas por la alfombra, los cortinajes y tapices de la magnífica estancia, cerrada como un estuche.

Santiago Bresson se llevó la mano al pecho, sus facciones expresaron soberano desdén, y estas últimas palabras cayeron sobre el duque como latigazo tremendo:

—¡Miserable! ¡Asesino!

Inclinóse hacia delante; trató en vano de asirse al respaldo de una butaca, agitó los brazos y cayó sobre la piel de oso blanco tendida al pie del lecho.

Dos balas le habían atravesado el pecho.

La joven que había armado á su amante contra su marido, se precipitó sobre el moribundo, no para socorrerle, sino para asegurarse de su muerte.

Santiago Bresson espiraba.

Pero aun tuvo fuerza suficiente para rechazarla con un gesto sublime.

Tenia el estertor de la muerte.

—¡Querías espulsarme, murmuró ella inclinada sobre el moribundo, y mueres! ¡Querías que fuese pobre y ser rica! ¡Querías matar á mi amante y será mi marido!

El duque permanecía inmóvil, aterrado contemplando con estupor á aquella mujer perfumada, fresca como una rosa, blanca, envuelta en sedas, que acababa de impulsarle, á él, duque de Vaudrey Laugou á un asesinato horrible, inexcusable, vergonzoso, del marido á quien engañaban y que les había perdonado.

¡La más execrable y la más vil de las infamias!

Arrodillada junto al moribundo, sobre cuyo corazón posaba la mano, espiaba su postrer latido.

No esperó mucho tiempo.

Una suprema convulsión sacudió los miembros del herido. Ligeró soplo se escapó de sus labios, que enrojeció sanguinolenta espuma.

Había muerto.

Los dos cómplices quedaban solos, frente á frente, junto á aquel cadáver.

Quedaban unidos, como dos forzados, por aquella cadena de infamia.

El duque oía retumbar en sus oídos las palabras que su víctima le había dirigido al caer. Nunca podría olvidarlas.

La baronesa se pasa las manos por los ojos como para borrar de ellos la última mirada de su marido, aquella mirada despreciativa, irónica y amenazadora á la vez, como si el desdichado hubiera previsto que no recogería ella el fruto del crimen y de la sangre derramada.

Durante algunos minutos permanecieron mudos con los ojos clavados en el cadáver, cuya presencia les acusaba, escuchando el silencio de la casa, creyendo oír pasos de las personas que debía acudir, atraídas por las detonaciones.

Las manecillas del reloj de las tres bañistas desnudas señalaban la una y diez minutos.

Nadie se presentó.

Los culpables estaban tranquilos por este lado, pero su situación no era menos crítica.

No la dominaba el hombre, sino Luisa.

La baronesa estaba feroz delante de su víctima, discutiendo el modo de salir de la terrible aventura.

¿Cómo?

Era preciso borrar las huellas del crimen.

Caer de tan alto al banquillo de los acusados era lo que no quería.

El duque, completamente aterrado é incapaz de coordinar sus ideas, estaba lívido como el condenado á muerte que ve á dos pasos el cadalso, irguiendo entre las brumas matinales su siniestra cuchilla.

—Es horrible lo que hemos hecho—dijo.

—¡Horrible! ¿Por qué?—dijo la baronesa.—Te he

salvado la vida y me he defendido. Me amenazaba. ¿Había de consentir que me echase como una criada? ¿Había de renunciar á una posición bien ganada por cierto con un matrimonio odioso? ¡Concede que ya he recobrado la libertad! ¡El porvenir es mío! ¡Es posible semejante abatimiento! Si tienes ánimo, te lo daré todo, amor y fortuna. No hay batalla sin muertos. Y si queremos, ¿quién sabrá lo ocurrido?

Hablaba con voz ronca, agitada, llena temor, de no al castigo que no creía posible, sino á la amenaza contenida en las últimas palabras de su esposo.

—¿La fortuna?—siguió—¿La tengo todavía? Ha debido arreglar sus asuntos. ¡Era un gran hombre para eso! ¡Sabía lo que quería y lo que hacía! ¡Si ha roto el testamento, como aseguraba! ¡Si lo hubiese revocado con dos líneas!

No era la mujer elegante, tranquila y majestuosa conocida por todo París, admirada en su palco del Teatro Francés ó de la Opera, que paseaba arrogantemente por el Bosque, recostada en una victoria de ocho ballestas, con su tronco de veinte mil francos; era una ladrona dispuesta á todo por guardar el fruto de su crimen, espantosa en su ferocidad y audacia.

Arrancó del bolsillo del gaban de su marido una cartera negra con cantoneras de oro, y la registró con ira.

—Nada—dijo.

Y dándose una palmada en la frente.

—Quizá en su cuarto... Veremos.

Y como si una idea le hubiese sugerido otra, avanzó un paso, se tocó los cabellos y dijo:

—Ya he hallado.

Vióse obligada á coger por el brazo á su amante, y sacudirle.

—Por lo pronto hay que llevarlo. Ayúdame.

—Volvió á abrir con precaución una de las puertas, que el barón al entrar había cerrado.

La puerta daba á un salón intermedio entre la habitación de Santiago Bresson y aquella en que acababa de verificarse el drama.

Más allá de esta pieza se veía el cuarto abierto, alumbrado aún por una sola bugía.

—Por allí ha venido—dijo Luisa.

El duque y la joven transportaron el cadáver á un lecho encerrado en una alcoba cubierto por gruesos tapices antiguos.

Aquella alcoba, con el cadáver tendido sobre la colcha de seda casi negra y en gran y crucifijo de marfil, destacándose sobre lo obscuro de la pared en la cabecera, tenía aspecto lúgubre.

Santiago Bresson parecía dormido.

En su vestido no se advertía el menor desorden.

La baronesa le había quitado el abrigo para echarlo al descuido sobre el respaldo de una silla.

Su sombrero y sus guantes estaban sobre la chimenea.

Descansaba en el lecho con la levita abrochada. Las dos balas, al penetrarle en el pecho, apenas

habían dejado señales en el exterior, produciendo un derrame interno, causa de la muerte.

La joven, con terrible argre fría, colocó junto á su mano el arma empleada por el duque.

Era una preciosa pistola de dos cañones. La baronesa la usaba á menudo para tirar al blanco, ejercicio muy de su gusto y en el cual tenía cierto tino.

Para confirmar la intención de suicidarse del barón, encerró en el cajón de un armario los revólveres cargados destinados al desafío del barón con el duque.

Tomadas estas medidas, revolvió con furor los muebles del dormitorio y del salón vecino, registró todos los papeles del escritorio, los examinó con precipitación y no descubrió nada.

Entonces volvió á su cuarto, cerrando detrás de sí las puertas y poniéndolo todo en orden; arrojóse sobre la alfombra, é hizo desaparecer la huella de unas gotitas de sangre que la manchaban en el sitio donde había caído su esposo.

Lanzó un grito de triunfo.

—¡Salvados!—dijo.

Los culpables respiraron.

El crimen no había tenido testigos.

Ellos solos conocían la escena que acababa de ocurrir, y por muy inverosímil que fuese el suicidio, no lo era menos el asesinato.

La causa continuaba en el más profundo silencio.

La baronesa tomó de su escritorio el testamento redactado dos meses antes por su esposo.

Dividida por partes iguales su fortuna, cualquiera que fuese, entre su mujer y su hermano, invitando á su viuda á dejar la gestión de los negocios á Noel, cuyo cariño y afecto estaba muy seguro.

El testamento, escrito todo por Santiago Bresson estaba redactado en términos cariñosos que hubieran debido producir en el corazón de la joven una explosión de remordimientos.

Lo releyó sin que se le humedeciesen los ojos.

—Quince millones y duquesa; dijo.

En el frenesí de su amor se abrazó al duque.

—Nada nos espera ya, murmuró con ternura. ¡Mío! ¡mío para siempre!

El duque permanecía frío y silencioso, aturdido por los hechos en tan escaso tiempo acontecidos, que poco le faltaba para creerse víctima de un sueño pavoroso.

Dudaba de la realidad y le parecía imposible que en tan lujosa estancia, hubiera podido cometerse un crimen en presencia de la mujer cuyas facciones recobran gradualmente la tranquilidad y la calma.

—Ahora, dijo Luisa; óyeme con atención. Es preciso que todo el mundo, excepto Luciana ignore nuestro amor y que has venido esta noche. De lo demás yo me encargo. ¿Has comprendido?

El duque se inclinó sin articular una palabra. Luisa llamó.

Faltando á su costumbre, Luciana tardó algunos minutos en presentarse.

Dispénsame usted señora, dijo á la observación de la baronesa; me había dormido.

Sin embargo, al entrar en la habitación hizo un ligero movimiento de sorpresa no advertido por Luisa.

Evidentemente la asombraba la tranquilidad de los amantes.

Buscó con furtiva mirada una persona ó un objeto, cuya falta le sorprendía.

—Luciana, mandó la baronesa, acompáñe usted al señor duque. ¡Sin ruido!

—Bien, señora.

El duque tomó la mano que le tendía su amante y la estrechó entre las suyas sin besarla.

Le parecía que estaba mojada y en rojecida por la sangre.

Al llegar á la puerta se volvió.

Luisa Renaud le sonreía con un dedo sobre la boca.

Tal sonrisa en semejante momento le oprimió el corazón.

No respiró libremente hasta que se vió en la calle de Teheran y oyó el casi imperceptible ruido de la puerta del jardín que se cerraba.

Bajó la avenida de Messine con la precipitación del fugitivo que se aleja del puesto en que llueven las balas, y en el boulevard Haussmann tomó un carruaje y se metió en él diciendo al cochero:

—Plaza de la Opera.

En la puerta del círculo, siempre brillantemente alumbrado, de donde había salido tres horas antes despidió el coche, subió, entregó el abrigo á un camarero y entró en la sala de juego, donde ganó gruesas sumas sin darse cuenta de lo que hacía, con su impasibilidad ordinaria.

Sentía necesidad de aturdirse, de ser visto, de llamar la atención y de prepararse la coartada como los asesinos vulgares.

¿Qué le importaba ganar ó perder unos miserables billetes?

¿No tendría, cuando quisiera, los millones de su víctima.

A las cinco de la mañana, lívido y preocupado volvió á su casa.

En su habitación no se atrevió á mirar el retrato de su madre. Parecíale que aquella melancólica cabeza de mártir no le miraba con el mismo carifio y que fijaba en él ojos severos y tristes.

Volvía con la cabeza baja, abrumado por execrable delito, por la vileza y cobardía de una acción para la cual no hallaba disculpa.

Y se veía enlazado á una mujer á la que no sabía si aborrecer ó amar, y cuya sangre fría le espantaba.

Inquieto y agitado, perseguido por el fantasma de Bresson, se acostó y cerró los ojos.

El último de los Vaudrey-Laugou era ya un asesino tembloroso en aquel palacio de donde habían salido tantos generales, tantos prelados y caballeros brillantísimos.

Abrumábale el peso de su infamia.
Pero pronto habría de enderezarse al impulso vigoroso de su cómplice.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA HISTÓRICA

"ALFONSO J. GARCÍA"
Año. 1925

V
LUCIANA.

La doncella, después de cerrar la puerta del jardín, volvió, como le habían mandado, al lado de su ama.

La hija del coronel Renaud tenía una cabeza vigorosamente organizada.

En algunos minutos había trazado su plan como si hubiera tenido semanas enteras para disponerlo á su gusto.

No podríamos asegurar que el valiente militar á quien debía la vida fuese gran estrategico, pero la hija estaba dotada de golpe de vista rápido y seguro, el golpe de vista con que se ganan las batallas, y el padre le había transmitido á lo menos parte de su denuedo.

Sin embargo, tenía en Luciana un poderoso adversario.

No era fácil engañarla. Tenía en su favor su ingenio sutil y penetrante, mezcla de astucia, agudeza malicia y malas artes. El logro de sus victorias se debía al disimulo.